



LOS CUENTOS TEJIDOS DE FRANCISCA MARIA

**BEATRIZ
MANRIQUE U.**

EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD DEL ZULIA

EDILUZ
EDITORIAL DE LA
Universidad del Zulia



Los Cuentos Tejidos de Francisca María

Beatriz Manrique U.

Prohibida su reproducción, adaptación, representación o edición, sin la debida autorización de la Universidad del Zulia o de los autores.

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-18-5127-1

Depósito Legal: ZU2024000321

Editorial de la Universidad del Zulia
(EDILUZ). Ciudad Universitaria Dr.
Antonio Borjas Romero. Facultad de
Humanidades y Educación. Sótano
del Bloque C. Apartado 526. Teléfonos
(424) 5621618

Correo Electrónico: direccionediluz2020@gmail.com
Maracaibo, Venezuela.

Octubre, 2024

La Biblioteca Circular

El silencio reinaba en el lugar. Una vez más, Francisca María cerró los ojos para concentrarse y descubrir cualquier sonido, en particular, que le indicara que no estaba sola. A pesar de sus esfuerzos, solo logró escuchar los sonidos de su cuerpo: su corazón latiendo rítmicamente, su estómago informándole que estaba hambrienta y el pito de chicharas en sus oídos que solo se percibe ante el silencio profundo. Su concentración le llevó a concienciar el olor que emerge de los espacios cerrados donde la circulación de personas es casi nula; ese aire donde se mueven minúsculas partículas de polvo que al contacto con la nariz nos hacen estornudar. A través de su piel, percibió la temperatura agradable del ambiente: ni frío ni calor.

Abrió los ojos y, una vez más, miró con detenimiento el lugar que solo visitaba en sus sueños: la biblioteca redonda. La primera vez que visitó ese lugar, no sabía siquiera que a un espacio así se le llamaba *biblioteca*. Para ella era

un cuarto circular, lleno de libros cuadrados de diferentes tamaños acomodados siguiendo la forma del espacio, eliminando cualquier ángulo que pudiese imaginar.

Toda el área era de madera pulida e impecable, como si lo desempolvaban a diario. Esto asombraba a Francisca María, pues jamás había encontrado a alguien allí, ni tampoco había rastros de que se hubiese movido algo. Siempre encontraba todo en su lugar. Cada vez que el espacio surgía en sus sueños, su curiosidad la llevaba a buscar puertas ocultas: puertas que quizá le permitieran desplazarse a otros espacios donde encontrara respuestas a sus preguntas.

En el centro del lugar, había varios atriles también organizados en redondel. Sobre cada uno de ellos reposaba un libro muy grueso, de tapas duras, mostrando una página sin número, con una cinta roja para marcarla. Podía leer la frase que se encontraba al inicio de cada página, pues las letras eran grandes y brillantes.

Francisca María recordaba la información que había logrado obtener una de las muchas veces que había mirado con más aten-

ción uno de los libros al intentar pasar la hoja, acción que, repetitivamente, se perdía al inicio de cada intento.

No olvidaría jamás la primera vez que tuvo este sueño, ya que fue el día cuando se percató de la existencia de los susurros voladores. Estos fueron demasiado ruidosos y perturbadores en su pequeño y silencioso mundo, y la imagen, inquietamente silenciosa que recibía de estas paredes, le había producido la misma intranquilidad. Para ella el sonido y el silencio iban de la mano, los dos llevaban el mensaje de una dimensión sutil.

Respiró profundo, y allí estaba de vuelta a su cuarto de paredes blancas y desnudas. Recordó, claramente, haber estado frente a cada atril y leído todas las fechas que se mostraban en esa página marcada en cada libro, pero solo tres quedaban siempre en su memoria. No siempre las mismas, pero era un avance. Jamás recordaba más allá de las imágenes del cuarto, los libros y los atriles, y ella, recorriendo el lugar, yendo de libro en libro tratando de recordar cada palabra: 1833: el año del inicio; 1836: ¿?¿?; 1845: el año del regalo; 1913: ¿el año del olvido?

Después de mucho pensar y pensar, ya había descubierto lo que cada una de esas frases significaba en su vida, pero ahora era ya tarde para descubrir los significados que no había logrado descifrar, ¿cómo podría utilizarlos?, ¿podría eliminar esos años de sus recuerdos?, ¿cómo sacar ventaja del pasado?, ¿por qué solo esas fechas? Esas eran algunas de las múltiples preguntas que tenía.

La imagen de la biblioteca circular había estado con ella desde siempre. Demasiados años recordando el sueño y esperando descubrir su significado o darle vuelta a la hoja para leer los sucesos aún desconocidos que podían ayudarla a morir en paz, a perdonar o, simplemente, a continuar viviendo sin dolor. Hasta ahora había sido imposible. Los signos de interrogación que se encontraban en el libro después del año 1836 estaban siempre allí, sin significado aparente. De vez en cuando se dedicaba a pensar en ese sueño. Era como si pudiese ver sus memorias en esos libros, memorias de verdad o hechos que jamás recordaba haber vivido, escritas para siempre en letras brillantes en su mente. Atriles colocados en forma de un

caracol infinito donde arriba, abajo, delante o detrás, dependían de ella y de su forma de mirar. Sabía del evento importante que había ocurrido en su vida en 1836, pero ¿por qué las interrogantes en ese año en específico?, ¿qué más debía saber?

Le llamaba la atención que 1836 estaba expresado con signos interrogantes, y aunque jamás había podido borrar el perro rabioso de su mente, apenas si recordaba el resto de lo que había sucedido ese año.

Se acercaba a sus 80 años, y aún hoy esa fecha, 1836, que resaltaba brillante en los libros de la biblioteca redonda donde parecía que el tiempo era eterno, le era desconocida. ¿Qué podía estar oculto a estas alturas de su vida que no hubiese sucedido o qué no pudiese recordar?

Para Francisca María, los sueños, las visiones, las imágenes eran la manera de interpretar el mundo: infinito e interminable; todo era posible en ellos. El sueño de la biblioteca circular no era el único que recordaba. Para ella soñar era una expresión de su interior, la manera como exploraba su vida y la de los demás.

En el mundo onírico, podía comprender lo oculto y lo inexistente, oler la lejanía y lo interno, sentir lo invisible y lo desconocido, degustar el sabor de la vida y la muerte, oír e interpretar el silencio y el ruido y ver la realidad de lo intangible y lo visible. Lo que para muchos era un lugar desconocido, olvidado y, a veces, inexistente, para ella era su indivisible tiempo espacio, pues no había momentos para conectarse con lo que se dibujaba en su cabeza: la realidad infinita del universo.

Soñando en El Carmelo

Para Francisca María soñar era su vida diaria. No tenía un minuto libre sin que en su mente apareciera una imagen. La gente que la conoció sabía de su habilidad para crear historias. Nadie supo si eran ciertas o no, lo que si sabían era que, entre cuentos y chanzas, Francisca María advertía, aconsejaba, criticaba, en pocas palabras, lanzaba a los cuatro vientos la vida de todos aquellos que conocía sin importarle un carrizo lo que pudieran creer o decir.

Sobre Francisca María hay muchos cuentos. Algunos tristes y largos, y otros felices y cortos, pero todos recuerdos que, como reza el dicho, “desvelan más que el café.” Mucha gente aún recuerda que nació el 23 de agosto de 1833, pues ella repetía esa fecha siempre que podía: “Naci doce años antes de que muriera el General Rafael Urdaneta, el Brillante, como lo llamó Bolívar.” De tanto oír sus cuentos y sus historias, mucha gente aún recuerda y repite que la madre de Francisca María había venido

de España hacia tierras del nuevo mundo, y se había salvado de un naufragio de un barco que había zarpado de Cuba hacia Venezuela; sin embargo, de ese naufragio no hay nada escrito en la historia.

Según contaba Francisca María, que le había contado su madre de crianza, su madre había sido una mujer fuerte, alta, blanca, de pelo negro y ojos bicolores, azul y gris. También decía, una y otra vez, que cuando el barco se encontraba cerca de Puerto Cabello, el segundo puerto venezolano en ese tiempo, una tormenta había destruido el navío.

Cuando estaba de ganas y deseosa de espantar a los que se reunían a escuchar sus cuentos, Francisca María agregaba una historia de espíritus volando sobre el barco y entrando al camarote de su madre; agregaba que había voces en el viento que emitían susurros de muerte advirtiéndole sobre el desastre. Según ella, esos mensajes habían salvado a su madre.

Francisca María no dijo nunca cómo su madre había logrado llegar a tierra, y, mucho menos contaba cómo se las había ingeniado para continuar hasta Maracaibo, donde na-

die sabe de quien salió preñada, pues de eso su madre natural no había hablado: cómo hablar de lo que ella no quería recordar. Después de recuperarse del parto de Francisca María, su madre decidió irse a trabajar en las haciendas cercanas a Maracaibo.

Esta gran imaginación de Francisca María le llevaba a asegurar como ciertos, muchos de los eventos que había soñado o ¿inventado? Juraba que su madre de crianza le había contado que una fría madrugada de enero, su mamá la tomó en brazos, la envolvió entre dos mantas, y se dirigió al puerto a pedirle el favor a uno de los piragüeros que la llevara a uno de los pueblos cercanos. Esto nunca se supo si era verdad.

Y Francisca María seguía en su eterna inquietud. A veces, la preguntadera duraba una hora, otras veces, terminaba abruptamente con un: “¡Sal p´allá, muchacha!”. Según ella, como su mamá no tenía suficiente dinero, el piragüero la había dejado en la primera parada que hizo hacia el sur del lago, y, así fue como llegó a El Carmelo, un caserío que apenas subsistía como aldea satélite de La Cañada, una minúscula

ciudad cercana a Maracaibo, la capital del Zulia, en Venezuela.

Decía que al llegar al pequeño atracadero de El Carmelo, su mamá conoció a la madre de Felicia Esperanza —quien fue la madre de crianza de Francisca María— que estaba a la espera de las piraguas y los pescadores, que traían mercancía nueva y productos diarios. Al verla con una niña en brazos le preguntó adónde iba, y ella le contestó que buscaba trabajo, y que estaba dispuesta a recibir comida y techo a cambio.

La madre de Felicia Esperanza tenía una familia numerosa; sin embargo, le ofreció su ayuda. Así era la gente de El Carmelo: abierta, hospitalaria, solidaria. Esto contaba Francisca María quien creció como una criatura más de ese pueblo, corriendo entre playas, cocoteros, gallinas, vacas y perros.

Aunque Francisca María no se parecía físicamente a su mamá, tenía su misma extraña mirada y esa dulce sonrisa que no reflejaba su recio carácter. Con el pasar del tiempo, la madre de Felicia Esperanza se encariñó con Francisca María, lo cual fue una suerte para esta última, pues cuando cumplió

tres años, mientras jugaba en el frente de su casa, un perro rabioso intentó acercarse a ella, y su madre la rescató. Sin embargo, no pudo evitar que el perro la mordiera, lo que le causó la muerte siete días después.

El ataque del perro y la muerte de su madre marcaron el inicio de los recuerdos de la infancia de Francisca María: una mañana calurosa, un perro gruñendo, una mujer gritando, gente despavorida corriendo hacia ella, alguien que la levantaba en vilo del suelo, un penetrante olor a jazmines y cirios encendidos en una sala; todas ellas eran las imágenes que llegaban a su mente cada vez que ocurría algo que la asustaba.

Antes de morir, la madre de Francisca María escribió de su puño y letra una nota para su hija: “Las visiones se enlazan con tu vida: observa, piensa, y crearás tu camino; nunca olvides que aquél que llega sin avisar, ya avizoró su destino.”, y le pidió a la madre de Felicia Esperanza que la guardara y se la diera a Francisca María el día que cumpliese trece años, con la esperanza de que esta vez no fuese el hombre que robaría la inocencia de Francisca María quien la leyera por primera vez.

Para Francisca María, la desaparición de su madre significó no tener quien la peinara en las tardes o le cantara nanas antes de dormir o la abrazara con ternura cuando lloraba porque una gallina la había picoteado o perseguido. A futuro, también significó la negación de algo mucho más importante: no tener quien le enseñara a leer desde niña, pues la madre de Felicia Esperanza, quien terminó de criarla, no sabía. Esta carencia se hizo más patente cuando ella comprendió que la lectura no solo podría darle información sobre hechos pasados, sino que también servía para alimentar sus cuentos y sueños de futuro.

Aunque El Carmelo se fundó por razones económicas y geográficas, estas nunca fueron más fuertes que la característica de mágico que, según Francisca María, poseía el lugar. El pequeño pueblo se encontraba cerca de Maracaibo, ciudad en desarrollo y con gran futuro, como el tiempo lo demostró, a la orilla del lago del mismo nombre. Su magia se encontraba en los acordes de los múltiples sonidos del agua en conjunción con el viento, el subyugante aroma

de la zona y los envolventes escenarios claros y oscuros que se sucedían durante las veinticuatro horas del día.

Era embelesador el sonido de las olas al golpear la orilla, sonido que se acentuaba al cambiar el ímpetu del viento. La brisa suave acariciaba amorosamente las aguas del lago y originaba un arrullo que extasiaba a todos en los alrededores; sin embargo, en las noches o los días lluviosos, el viento ensordecedor golpeaba las aguas del lago que, como con rabia, respondían a su violencia y se abalanzaban contra la orilla entre sollozos de dolor que el viento transportaba hasta los lugares más alejados.

A los sonidos rítmicos, relajantes y variados, los envolvían los olores entremezclados del agua del lago, los árboles, la tierra húmeda, los animales y la gente. Era imposible no dejarse arropar por El Carmelo con su mantón ambiental pegajoso, enamorado, recalcitrante, sonoro y luminoso. El tiempo pasó lentamente para El Carmelo y rápidamente para Francisca María. El pueblo mantuvo sus pocas calles de arena dura por años y sus casas de bahareque pin-

tadas con cal blanca. Esta lentitud hizo que muchos de los lugareños, enriquecidos y deseosos de más, partieran a Maracaibo. El lugar se quedó atrás en su desarrollo a la espera de un mejor futuro.

Y allí creció, solitaria y diferente a la mayoría de la gente de El Carmelo a quienes les divertía hablar sentados por las tardes en el frente de sus casas, observando el atardecer, mirando a los vecinos y escuchando los cuentos de Francisca María.

Vivió en compañía de sus pensamientos, sus visiones y sus historias, las cuales llenaban y alegraban su día a día. A falta de amor materno y amigos reales, pasó el tiempo junto a Felicia Esperanza y su familia. Al pasar el

tiempo se convirtió en una bella adolescente que Antonio Ramón Santiago Eduardo Ocando De La Hoz descubrió una tarde cuando Francisca María llevó a Felicia Esperanza a jugar a una de las playas cercanas a su casa.

Así pasó su infancia, creciendo como El Carmelo, esperando como El Carmelo, soñando en el Carmelo.

Los Susurros Voladores

Francisca María fue desde siempre una niña muy especial. A los tres años, ya hablaba muy claramente. Era como si desde pequeña hubiese sabido que el lenguaje jugaría un papel muy importante en su vida. Tenía la peculiaridad de decir cosas que, luego, resultaban ciertas y que, según ella, le decían al oído sus amigos, a los que bautizó como los susurros voladores. Ella contaba, sin importarle lo que otros pudiesen pensar, que las voces le murmuraban al oído información sobre los demás y, así, las imágenes se dibujan ante sus ojos. Como ella decía con una voz suave pero sin titubeos: “Los susurros me cuentan dulcemente el porvenir, y yo se los cuento a ustedes.”

Esto de las voces fue siempre motivo de burla de muchas personas conocidas. La mamá de Felicia Esperanza siempre comentaba: “Así que ayer vinieron tus voces amigas. ¿Irán a venir hoy? ¿No han llegado? Están por venir, entonces.” Y así se quedó la expresión: “¿Ya te enteraste del porvenir?”

Una tarde calurosa de julio de 1836, Francisca María, ya de tres años, se encontraba jugando en el patio de la casa, cerca de los arbustos, pues decía que allí era más fácil escuchar a los susurros voladores. Desde la cocina, su madre la observaba jugar a la cocinita aunque, de vez en cuando, Francisca María miraba hacia su madre y le sonreía.

Francisca María no tenía muchos recuerdos de ese día, pero la madre de Felicia Esperanza le había contado que, inesperadamente, había corrido hacia su madre y llorando le dijo que venía un perro horrible hacia la casa, que iba a morder a su madre y que tendría que irse con los susurros voladores por mucho, muchísimo tiempo.

La madre de Felicia Esperanza contaba que Francisca María, hecha un mar de lágrimas, le pedía a su madre que no la dejara, que no se fuera. La madre de Francisca María la consoló y le dijo que nada de eso era verdad, que eso no era real, que los susurros voladores se burlaban de ella, que no eran reales. “Los susurros voladores son solo el viento al pasar entre los arbustos”, le repetía una y otra vez para calmarla. Francisca María se secó las

lágrimas y le expresó a su madre que ahora podía ver a los susurros voladores, que eran como las personas normales.

Al día siguiente, cerca de las tres de la tarde, como todos los días, Francisca María salió al frente de la casa y, de la nada, pues nadie supo de dónde salió, apareció, babeando y gruñendo, un perro rabioso. El animal enfermo se abalanzó sobre Francisca María con la intención de morderla.

Contaba la madre de Felicia Esperanza que la escena había sido muy extraña porque de pronto Francisca María parecía flotar, con los brazos hacia arriba, como si alguien la elevara o intentara alzarla. En su afán por salvarla del ataque del perro, la madre de Francisca María se interpuso entre los dos, y el perro la mordió. Este evento hizo realidad la visión que Francisca María había tenido días antes. Una semana después, la madre de Francisca María se fue con los susurros voladores, como ésta le había advertido.

Francisca María siempre le preguntaba a la madre de Felicia Esperanza de dónde había venido, quién había sido su familia; preguntaba por todo; era un eterno y diario cues-

tionar. De las miles de veces que preguntó sobre su madre, solo supo sobre su físico: conoció de sus ojos bicolores: el derecho, azul y el izquierdo, gris; su pelo negro azabache de ondas suaves; y su tez blanca como la leche, que la diferenciaba de las otras mujeres del área. Sin embargo, nadie supo nunca que su madre tenía la misma capacidad de escuchar a los susurros voladores. Quizá a eso se debía que compartían la mirada extraña y la sonrisa dulce.

Ella no sabía quiénes habían sido sus padres, pues no recordaba a su madre, y mucho menos su fecha de nacimiento. Para satisfacción de su curiosidad, le dijeron que había nacido el 23 de agosto de 1833. Nunca dudó de la veracidad de esta información. No. Estaba feliz y orgullosa de ella, pues era una fecha histórica, como ella repetía. Además, esa fecha le permitía entender una de las fechas de su sueño en la biblioteca redonda: “1833. el año del inicio”.

Un día antes de su séptimo cumpleaños la madre de Felicia Esperanza le gritó “No debí quedarme contigo. Tú y tu porvenir me tienen loca.” Eso fue el día que le contó

que, esa tarde en el cocotero, había visto a quien era su padre de crianza ahogado en el jagüey, hecho que ocurriría mucho después, casi veinte años después.

Luego de esa visión, Francisca María decidió callarse lo que le susurraban sus voces amigas, que ahora traían imágenes muy claras. Prefirió guardarse sus mensajes y repetírselos cuando estaba sola por las noches para no olvidarlos.

Decidió ver solo lo que el porvenir le contaba de amores, ciudades lejanas con nombres desconocidos, que al hablar con la gente que llegaba de otros lugares le decían que sí existían, que sí eran ciertas. Decidió contar historias en las que cambiaba los nombres y los lugares para los que la escuchaban no supieran a quién se refería.

Ver el porvenir no era nada fácil, ya que le llenaba su cabeza con cuadros coloridos y nuevos que no podía dejar de observar, como si fuesen lienzos vivos en la pantalla de su mente. Sus deseos por aprender a leer y viajar los satisfacía mirando al porvenir, como ella siempre lo llamó.

Sin embargo, era desafiante eso de imaginar el porvenir. Nunca pudo ver el suyo propio, por más que cerrara los ojos y dijera su nombre una y otra vez “¡Francisca María, quiero ver tu porvenir!”, gritaba cuando iba a sentarse al pie de su cocotero en la playa. Los susurros voladores parecían escurrirse y desaparecer tras el horizonte.

Así, se recostaba al cocotero, que parecía le aguardaba cada tarde cuando Felicia Esperanza dormía su siesta, y ella tenía ese tiempo para descansar. El silencio llenaba su mente, y sus preguntas nunca recibían respuestas. Siempre les preguntaba. Quería ver si, algún día, aprendería a leer; si viajaría; si tendría su familia; si el amor llegaría pronto; si...; si...; si tantas cosas que veía de los demás que les hacían felices o desdichados, llegarían algún día a su vida.

Una tarde que regresaba a su casa con solo preguntas escuchó dos caballos que atravesaban el pueblo, con dos hombres sobre ellos: Antonio Ramón Santiago Eduardo Ocando Morales De la Hoz y García y su único hijo, Santiago Ocando. Reconocerlos trajo a su cuerpo los signos que ya re-

conocía: la intranquilidad en sus manos, el desasosiego en el estómago y ese parpadeo intenso que corría las cortinas que le protegían las escenas del futuro.

Esos tres signos le avisaban que el porvenir traería información dolorosa. “Esta gente a caballo trae cambios para El Carmelo”, pensó; y los susurros se lo confirmaron con el sonido sibilante y angustioso del viento al pasar entre los árboles. Francisca Marías se quedó quieta e inmóvil, mirándolos sin parpadear, intentando ver más allá de su propio pensamiento, mirando sin ver lo que estaba ante sus ojos.

La llegada del amor

Corría el siglo XIX en El Carmelo, un caserío que Felicia Esperanza, durante su niñez, creyó era el único del mundo, a pesar de haber oído hablar de Maracaibo, la ciudad más cercana y lejana al mismo tiempo, pues las noticias tardaban mucho en llegar; variaba desde dos semanas a un mes, dependiendo de su importancia y la distancia.

El nacimiento de Felicia Esperanza sería recordado por siempre, ya que cuando cumplió seis meses, llegó la noticia de la muerte de un hombre muy reconocido en la zona Don Rafael Urdaneta, el Brillante, hijo insigne de El Carmelo, noticia que llegó a la zona un tiempo después de ocurrido el hecho en París, y aunque Felicia Esperanza llevaba su mismo apellido no eran familia. También le dijeron que cumplía años el mismo día de Francisca María.

Las dos siempre andaban juntas a pesar de la diferencia en edades. A Francisca María le dijeron que había nacido el 23 de agosto de 1833, doce años antes de la muerte de

Rafael Urdaneta. En los registros oficiales la apuntaron sin apellido: solo era Francisca María, como su madre, y de padre sin nombre, desconocido. Felicia Esperanza conoció a su padre, a su madre y a sus hermanos. Tenía apellido y recuerdos. Las unía el amor que sentían una por la otra. Ella siempre fue como una hija para la adolescente solitaria

Para ambas, Maracaibo era un espejismo, un cuento, una leyenda. Desde allí, llegaban las herramientas, el café y las telas. Maracaibo era el mercado grande, el París que no llegarían a conocer, el cielo desde donde ángeles marítimos traían mercancía y comestibles nacionales desde el sur del lago, Táchira y Cúcuta, y de países lejanos y de ensueño como los Estados Unidos, Francia y Alemania.

Francisca María ayudaba en la casa, hacía los mandados, corría por los alrededores, jugaba con todo bicho que encontraba. Era libre y feliz aunque no sabía a ciencia cierta su origen. Nadie se preocupaba por ella, ni ella se preocupaba por nadie. Al nacer Felicia Esperanza, la vida y el trabajo de Francisca María cambiaron.

Felicia Esperanza siempre admiró a Francisca María por su amor por ella y los animalitos, su valor para defenderla, su pasión por las carreras a través del campo, su tesón y su ferviente deseo por aprender a leer a pesar de las circunstancias. La escuela de El Camelo había cerrado, pues el maestro había renunciado por motivos económicos. La escuela más cercana estaba en La Cañada y necesitaban una hora en burro para ir allí. Por mucho tiempo se conformaron con mirar los dibujos en los papeles que de vez en cuando veían en el almacén o en La Cañada cuando a horcajadas en la bestia, iban a visitar a sus primos.

Los deseos por aprender a leer nunca desaparecieron de ninguna de ellas. Aunque Felicia Esperanza aprendió a firmar la semana de su matrimonio con Santiago Ocando. Francisca María, simplemente, soñaba con el día cuando una maestra llegara a El Carmelo para tener la oportunidad de aprender a leer y ver el mundo a través de los ojos de los otros.

Ambas hablaban de cuando aprendieran a leer. Su deseo más oculto y ferviente era

descifrar esos garabatos imposibles de comprender: líneas y curvas que intuían que al combinarse estaban llenas de las ideas, los lugares, las cosas y las personas que le susurraban desde el porvenir a Francisca María.

Felicia Esperanza, la menor, era dulce, obediente e inocente. Aunque tenía otros hermanos y muchos medios hermanos, ella y Francisca María, eran inseparables. Felicia Esperanza comía si Francisca María comía. Felicia Esperanza dormía si Francisca María la metía en la hamaca y la mecía. Cuando Felicia Esperanza quería jugar fuera de la casa, Francisca María la llevaba a correr a la orilla del lago donde ella se sentaba a mirar el horizonte y Felicia Esperanza llevaba su volantín de papel de seda y caña, corriendo descalza por la orilla e ignorada por el mundo y sus alrededores. No podía entrar al agua; solo podía hacerlo si Francisca María entraba con ella, lo cual no era muy a menudo.

Felicia Esperanza siempre le preguntaba a Francisca María que buscaba al mirar a la distancia tan embelesada si no había nada,

solo nubes, viento y sol. Francisca María le respondía con una sonrisa que Felicia Esperanza nunca pudo definir: “Busco y veo el porvenir.” Como Felicia Esperanza no conocía esa palabra, reía a carcajadas, pues se imaginaba a un animal inmenso, transparente y raro que salía del centro del horizonte del lago, se dirigía a la orilla y las correteaba mientras ella gritaba fingiendo susto y temor: “¡Llegó el porvenir! ¡Viene el porvenir! ¡Ayuda!”

Un tiempo después de los cuatro años de Felicia Esperanza, Francisca María comenzó a gritar de un dolor de barriga insoportable. Las mujeres la llevaron al cuarto y, luego, Felicia Esperanza escuchó el llanto de un niño que, según ella, apareció de pronto, nadie le diría ni cómo ni de dónde había venido. Doce años después, cuando tuvo su primera hija, Felicia Esperanza comprendió la llegada de Pedro Antonio.

Cuando Felicia Esperanza cumplió diez años, ella, Francisca María y Pedro Antonio fueron a una playa cerca del Hato Los Buchones, el más importante de la zona. Allí, cerca de las tres de la tarde, casi cuan-

do estaban hablando de regresar, llegó Santiago Ocando, el hijo del dueño del hato. Sobre los Ocando, corrían cientos de rumores: que si se cogían a todas las mujeres que trabajaban en el hato; que si alguna se quejaba, los hijos se morían; que si sí; que si no; que si por ser dueños y ricos, eran déspotas; y, muchas cosas más. Los rumores, que nadie se atrevía a confirmar, eran posibilidades sobre dos hombres duros, solitarios, silenciosos y sin sonrisas en sus caras.

Nadie conoció a la madre de Santiago, pues el padre había llegado en su propia piragua desde el sur del lago, diciendo que era el dueño de unas tierras en las que construyó su hato, y así quedó establecido. Felicia Esperanza nunca lo había visto antes de cerca, solo había escuchado el paso de su caballo y los silencios y cuchicheos de la gente asustada cuando Santiago cabalgaba por el centro de El Carmelo.

Esa tarde en la playa, día del décimo cumpleaños de Felicia Esperanza, Santiago se acercó a Francisca María, y lo que hablaron nadie lo supo en ese momento, pues ella no lo contó. Ese día Francisca María parecía

muy asustada, la llamó a gritos y corrieron de vuelta a la casa. Felicia Esperanza nunca supo por qué, pero Francisca María dejó de llevarla a las playas alejadas o a los sitios solitarios de los que tanto disfrutaba de lo que Francisca María llamaba al porvenir.

El tiempo pasó entre volantines, carreras, lágrimas, risas, jagüeyes y lago; y Felicia Esperanza alcanzó sus quince. Santiago Ocando, quien ahora tenía 30, hacía cinco años que esperaba. Desde los diez de Felicia Esperanza, Santiago Ocando pasaba frente a la casa de los Urdaneta, y saludaba a quien estuviese en el frente.

Tres veces al año, los días de los cumpleaños de las tres mujeres de la casa, y en Navidad, la familia recibía raciones de carne fresca, arroz, plátanos, harina y dulces de los dos Ocando.

Todos creían que el paseo de las cinco de Santiago Ocando frente a los Urdaneta era por Francisca María, y decían que, a pesar de su mal carácter, era muy tosco en cuestión de amores serios, y que no se atrevería a mirarla, pues Francisca María era difícil. Nunca pudieron imaginar que su deseo oculto era Felicia Esperanza.

El padre de Felicia Esperanza había muerto unos meses antes ahogado en el jagüey del Hato Los Buchones, tal y como lo había visto Francisca María veinte años atrás. Nadie supo por qué estaba en el jagüey a esa hora de la tarde, pues los animales ya estaban en los potreros, y los guajiros en los dormitorios, descansando para la jornada del día siguiente. Los rumores afirmaban que se cogía a una de las cocineras del hato quien desapareció de la misma manera que el padre de crianza de Francisca María. Nadie pudo confirmar nada.

El día de los quince de Felicia Esperanza, Santiago Ocando, personalmente, llevó el regalo anual, y pidió hablar con la madre de las casi hermanas para expresarle sus deseos de desposar a la menor de las hijas. Trajo una botella del mejor brandy que tenía y se sentó a conversar con la madre de Felicia Esperanza.

Parada detrás de la ventana de la sala, Francisca María vio y escuchó la conversación entre ellos, y recordó una de las visiones del porvenir: el matrimonio de Santiago Ocando y Felicia Esperanza que ella siem-

pre deseó no llegara. Cuando la gente del pueblo se enteró, todos pensaron que sería un fracaso. Se equivocaron, para Felicia Esperanza, sería el amor de su vida y, para Santiago Ocando, la salvación de su alma, el fin de su eterna soledad.

A Francisca María nunca le interesó casarse, por lo que la petición de matrimonio de Santiago Ocando no le importó en ese aspecto. Sin embargo, le preocupaba la diferencia de edad entre los dos, y lo que hacía cinco años atrás Santiago le había dicho. Él representaba quince años más en dinero, experiencia y oscuridad; mientras que Felicia Esperanza solo conocía sobre el lago, volantines y conversaciones infantiles con Francisca María y sus hermanos. Francisca María no entendía que podía ver o buscar Santiago en Felicia Esperanza.

Como el padre de Felicia Esperanza había muerto y la situación era muy difícil en la zona, la madre de Felicia Esperanza aceptó sin reparos la petición de Santiago, no sin antes proponerle se llevara a Francisca María en su lugar, era mayor, más responsable y ya sabía cómo llevar una casa.

La propuesta del cambio no le interesaba, puesto que Santiago hacia cinco años había tomado la decisión de casarse con Felicia Esperanza al comprender que Francisca María no le dejaría acercarse a la niña.

Sabía que para sirvientas, tenía a sus guajiras; para administradores, él y su padre; y, además, sabía que Francisca María no abandonaría a Felicia Esperanza, pues la veía como una hija. Solo necesitaba lo que nadie sabía, lo que su corazón gritaba: energía inocente, risas de libertad, sueños de paz, amor y futuro. El fin de una pesada soledad que había permeado los más recónditos lugares de su vida interior.

Historias compartidas

Para Francisca María la entrada de Santiago Ocando a la vida de Felicia Esperanza fue triste, más no imprevista. Siempre había sabido que eso sucedería. Los susurros voladores le habían mostrado tiempo atrás una visión de amores compartidos que la gente no podía imaginar. Aunque el cuento de la vida del padre y el hijo era desconocido para la gente, para Francisca María la vida de los otros no era un secreto; por el contrario, a veces sabía más sobre ellas que las propias personas.

Francisca María hacía una introducción al cuento de los Ocando y decía: “Esta es la historia de un viejo y triste malhechor, que junto con su vástago un día decidió hacerse un nombre, una vida y un hogar lejos de la tierra que los vio nacer. Sin saberlo, los dos buscaron el amor, pero el viejo nunca supo cómo conservarlo”.

Antonio Ramón Santiago Eduardo y su hijo Santiago entraron a la vida de Francisca María cuando menos ella lo esperaba: en

una visión. Una tarde cuando el galope de caballos dibujó ante Francisca María una vista del porvenir, los susurros voladores que siempre le hablaban quedo, le gritaron por primera vez: “¡El dragón se acerca, cuídate!” Francisca María se quedó petrificada. No pudo entender el tono del mensaje. A pasar los años, otra visión le ayudaría a comprenderlo.

Aunque suene extraño, la historia de la vidas de los Ocando fue hecha de mitades: mitad soledad, mitad amor, mitad llanto, mitad risa, mitad aventura, mitad tedio. Tantas mitades que pensaron necesitar múltiples vidas para encajar todas ellas. Vidas dolorosas teñidas de amor y odio incomprensible cuyos motivos de su triste suerte solo pudieron conocerse en sus lechos de muerte.

Antonio Ramón, Tonito, y María Sofía, Maitía, vivieron una historia común del siglo XIX. El amor de Tonito y Maitía nació en su infancia. Desde la cuna, estaban destinados a casarse. Sus padres así lo habían decidido, y ellos lo habían aceptado desde siempre. Se enamoraron entre juegos, me-

riendas, fiestas familiares y besos ocultos, furtivos, en el lejano y desconocido Madrid, desde donde ellos, entrando a la adolescencia y al perder el padre de Tonito su fortuna por jugador y mujeriego, decidieron huir al nuevo mundo.

En el 1808, cuando en España surgía una guerra con los franceses, Antonio Ramón Santiago Eduardo Ocando Morales De la Hoz y García y su joven ya esposa, María Sofía Alejandrina del Carmen Rodríguez Fernández de Ocando Morales decidieron dejar Madrid.

La precaria situación económica generada por el padre de Antonio, significó una pérdida social importante en ese tiempo, y ambos jóvenes manifestaron su sueño de dejar atrás sus familias para viajar a la Provincia de Venezuela: nuevas tierras, nuevas oportunidades, en la Capitanía General de Venezuela, la Nueva América.

Sus sueños infantiles fueron truncados por la guerra. En el 1809, ocurre la Batalla de Ocaña donde los franceses derrotan a los españoles, situación que encendió distintas revoluciones en América, que pronto

daría inicio a algo diferente en este Nuevo Mundo. Antonio y María, en su mente y por su espíritu aventurero, deseaban participar en la naciente historia, creyendo que si surgía un nuevo orden podrían, en ese nuevo mundo, tener acceso, nuevamente, a la prosperidad tan disfrutada por la familia en España y recuperar su estatus.

La guerra con los franceses desató, al año siguiente, la revolución en distintas zonas americanas. El 19 de abril de 1810, la provincia de Venezuela manifestaría su deseo de separarse de España aunque la posición de la gente de la Provincia de Maracaibo no fuese consecuente con esa idea. Y así lo manifestó esa provincia, tres semanas después, el 12 de mayo de 1810, cuando los poderes políticos, militares y eclesiásticos acordaron cuidar la seguridad pública y continuar con su apoyo al rey Fernando VII.

Para Antonio y María Sofía, pensar en instalarse en la Provincia de Maracaibo era lo mejor, ya que sin abandonar por completo su pasado, podrían satisfacer su anhelo por un nuevo tiempo y sus ansias por ser parte de un futuro diferente.

Este deseo de cambio era honesto y firme; ambos querían dejar atrás sus pérdidas y recuperar su posición social; su amor les impulsaba y les daba esperanzas. En su mente todo era posible. Para ambos, irse significaba no tener que esconderse o huir de los acreedores de la familia.

Esta decisión no era fácil. La promesa que se hacía Antonio para calmar su ansiedad era que podrían regresar, si fuese necesario. Sin embargo, en el fondo de su pensamiento, sabía que eso no sería posible; a futuro, le costaría la vida o la cárcel; lo había comprendido pese a su corta edad. A pesar de sus profundos deseos de cambios y aventuras, los dos enamorados aventureros no pudieron confirmar su partida hasta finales de 1822, casi al final de la guerra de independencia de Venezuela, y cuando sus edades así lo permitieron.

Aunque tenían rimbombantes y múltiples nombres, entre ellos eran solo Antonio y María Sofía; nombres que después de contraer matrimonio y en la intensa y fogosa, aunque a veces sosegada, intimidad de su cuarto, cambiaron a Tonito y Maitía.

Después de las largas e incriminatorias discusiones de la familia y el fin del miedo a la guerra, tomaron sus baúles donde portaban su opulente vida anterior. Vendieron todo lo que pudieron que les unía a España, tomaron solo lo necesario en ropa y dinero, lo poco que habían logrado salvar de la crisis causada por el padre de Antonio y sus sueños de locura, y zarparon hacia el Nuevo Mundo.

Antonio y María Sofía llegaron a la Capitanía General de Venezuela a través de Puerto Cabello, la última plaza española en Venezuela. Poco después de su llegada ocurrió la Batalla Naval del Lago de Maracaibo el 24 de julio de 1823. En vista de la dura situación de Puerto Cabello, deciden mudarse de la zona, y parten hacia Maracaibo, como lo habían discutido diez años antes.

El pensamiento de Antonio estaba dividido. Decía estar de acuerdo con los sueños de libertad pero le encantaba mandar y amenazar a todo el mundo, era algo déspota. En cierta forma, Antonio aún creía en la monarquía, por lo que siempre conservó algunos amigos en España que podrían ser

útiles en algún momento. Esta posición política, incongruente con los tiempos, traería consecuencias para Antonio y María Sofía que ni siquiera sospechaban: separación, soledad, dolor y muerte en su futuro.

La historia de Antonio Ramón y María Sofía entre Puerto Cabello, Maracaibo y El Carmelo fue bastante vaga y nada edificante, prácticamente, basada en los rumores de aquellos que habían tenido mala suerte en los negocios con Antonio. Muchos contaban que Antonio Ramón se había dedicado al robo de caminos, al contrabando, las apuestas de gallos, el engaño, simplemente, a cualquier negocio fácil y lucrativo.

Decían que María Sofía había sufrido mucho por las andanzas de su Tonito y su imposibilidad de tener hijos. Antonio se parecía tanto a su padre que había olvidado sus promesas de amor y estabilidad. El abandono emocional que María Sofía sufría a diario y las penurias por dinero mermaron sus fuerzas. Estaba muy delgada, y cuando mucho tiempo después tuvo la dicha de satisfacer su deseo de quedar preñada, para su desgracia o su final bienestar, murió al

dar a luz a su bello hijo, Santiago. Así que Antonio Ramón, en 1831, quedó con un hijo recién nacido y sin Maitía, la mujer que siempre había sido su fortaleza y su amor, a pesar de sus correrías.

A la muerte de Maitía, Antonio Ramón dejó al niño al cuidado de una pareja de lugareños que había ayudado a Maitía en el parto en el sur del lago, y se fue sin rumbo fijo. Nadie supo adónde, ni tampoco si tenía intenciones de regresar. Contaba Francisca María que había oído, en algún lugar, que la gente creía que Antonio Ramón moriría en esas correrías. El desconsolado y rabioso Antonio Ramón bebía a toda hora, peleaba con hombres de baja calaña y andaba, como dice aún la gente de Maracaibo, “en muy malos pasos”.

Esta historia de Antonio Ramón se reflejó en su hijo Santiago quien desde pequeño aprendió que de la mano de su padre marchaban el abandono, los problemas económicos, los sacrificios, la soledad y las penas. Muy temprano aceptó que su padre era un tarambana, jugador, faldero y amante de la buena mesa y el vino, que, al igual que su

abuelo, había perdido la fortuna familiar, por decisiones e inversiones no adecuadas. Para Santiago, el abandono, la mentira y los vicios de su padre Antonio Ramón significaron también la muerte de su madre. Un día su padre regresó igual que como se había ido: sin avisar. Santiago tenía tres años.

Estos dos hombres marcados por la vida, llegaron a Maracaibo desde el sur del lago, y traían consigo unos papeles del gobierno que le asignaban la propiedad de un terreno baldío de unas tres fanegadas, unos dos kilómetros y medio cuadrados, más o menos.

Antonio Ramón, a través de los muchos amigos que había hecho en sus múltiples andanzas, se enteró de que el gobierno había aprobado el 13 de junio, 1831, una ley de inmigración donde se otorgarían muchos beneficios: carta de nacionalización, liberación del servicio militar, exoneración de impuestos agrícolas por diez años y título de propiedad de la tierra que los colonos inmigrantes pudiesen cultivar. Así que decidió, contactar a sus amigos españoles que había conservado, y logró obtener documentos que comprobaban que estaba en España y que sabía de agricultura.

De Maracaibo siguió a El Carmelo y, en ese pequeño y apartado lugar, comenzó a construir el Hato Los Buchones, nombre que tomó de la zona cercana al lago donde, temprano en la mañana y al caer la tarde, llegaban bandadas de buchones o pelicanos. Antonio tomó tierras que limitaban con la orilla del lago, por lo que su negocio incluyó cultivar cocos, pescar, sembrar, criar ganado y elaborar quesos. Construyó dos viviendas en el hato: una cerca del lago y la otra tierra adentro.

La casa cerca del lago era pequeña, de bahareque, solo tenía dos áreas, donde se quedaba cuando quería estar solo. La gente comentaba que allí Antonio se encerraba a beber y llorar, y que, en sus alucinaciones de borracho, gritaba: “¡Maitía, Maitía, ¿dónde estás? ¡No te vayas! ¡No me dejes!”

En esa parte del cuento, Francisca María incluía leyendas de muertos y aparecidos. Decía que en El Carmelo, en esa zona del lago donde estuvo la choza, en algunas noches oscuras, aún se escuchan llantos y gritos, que nadie sabe de dónde salen, pero que los lugareños cuentan que es Antonio Ramón llorando por Maitía.

En ese mismísimo hato playero, en 1848, Antonio convenció a Francisca María de que se casaría con ella. Esta promesa trepó en silencio, se instaló sin miramientos y creció como abrojo en la mente inocente de una adolescente de catorce años. La experiencia de Antonio Ramón logró despertar una pasión, desbordada e inexperta, que trajo las consabidas y dolorosas experiencias de un amor inadecuado.

De este amor traidor y alevoso, nació Pablo Antonio, quien pasó a ser el compañero de juegos de Felicia Esperanza. Aunque todos le preguntaron a Francisca María por el padre de Pablo Antonio, ella nunca mencionó quién era, y solo se lo reveló a Santiago, su medio hermano, cuando éste estaba moribundo.

Antonio y Santiago compartieron dolores, más no amores. Aunque ambos vivieron pérdidas, insatisfacciones y mentiras, cada uno decidió elegir caminos diferentes como resultado de esas experiencias. En el amor, el padre experimentó amores furtivos, truncados y destructivos; el hijo, un amor sosegado, una esposa amorosa y una amistad duradera.

Estas diferencias entre padre e hijo, las entendió Francisca María en el momento de su despertar. Vio, claramente, que las vidas de dolor de Antonio y Santiago no eran su vida, que ella podía decidir sobre su vida sin incluir las experiencias de los otros, o crear lazos tormentosos de soledad y dolor, para sentir que pertenecía a esta realidad infinita y compartida. La decisión era solo suya. Más que decisión era una elección.

El hato playero

El cuento de Francisca María y su amor desconocido nunca se supo de manera directa. Nadie vio, oyó o imaginó una posibilidad. Ninguno de los dos habló de ello. A pesar del secreto, yo, siempre estuve mirándola desde la distancia. Yo, siempre oculta detrás de otro cocotero cercano al suyo, creyendo que ella no lo sabía y esperando descubrir mi porvenir. Yo siempre supe la verdad. La viví. La callé. Hasta que un día, ya en Maracaibo, me encontré con ella en el mercado. No sé de donde salió. Se acercó a mí como una sombra antes de que yo me hubiese percatado de su presencia.

Ese día sin mediar saludos, me dijo: “Un día vas a contar mis cuentos de vida, no le agregues, no le quites, pero cuéntala con misterio, como siempre ha sido mi vida. A la gente le encanta jugar con su imaginación. No quiero que la gente hable lo que no es, y tú sabes de mí más que cualquier otra persona. Quiero darte un regalo. Recuerda siempre que el porvenir es tu crea-

ción. No tengo visiones tuyas que tú ya no hayas dibujado en tu mente. Cierra los ojos y obsérvate.”

Se alejó de la misma manera que se acercó. La gente en el mercado no la vio. Siguió su camino y se perdió entre el gentío de Los Ventorrillos. Yo me quedé como lela. No esperaba ese mensaje de Francisca María. Así que me quedé fría y sin habla en ese momento. No supe responder a sus palabras ni al hecho de que ella siempre había sabido mi deseo de saber mi porvenir y nunca antes se había acercado a mí. La vi perderse en el mercado de Los Ventorrillos.

El tiempo pasó, no recuerdo cuánto, y un día me encontré relatando la vida de la niña, Francisca María, y el viejo, Antonio Ramón Santiago Eduardo: dos vidas con un fin doloroso y un inicio tan romántico que dio origen a otra vida, opuesta a la de ambos.

Como ella me lo había pedido, siempre comenzaba la historia de esos amores como si fuese una historia de misterio: “Les voy a contar hoy, uno de los secretos de los muchos amores de El Carmelo. De este, en particular, nadie se ha imaginado su exis-

tencia. Fue un amor clandestino, ardiente, sexual, pero, a la vez, inocente, romántico y esperanzador que muchos preferirían que no hubiese sido real, entre un hombre viejo y cansado, que buscaba una salida al dolor de sus deseos desaparecidos, y una niña que dejó de ser moza en los brazos de un granuja; una cría que soñaba con un porvenir de gozo y amor. En esta historia de amor No hubo muerte física, ninguno murió como las historias de amor ya conocidas, pero si ocurrió el entierro de dos corazones: uno, ya muerto y congelado, y el otro, palpitante y sangrante al final.”

Francisca María había cumplido catorce años, y en una de esas muchas tardes bajo el cocotero, el dueño del Hato Los Bunchones se acercó sin avisar. Antonio Ramón Santiago Eduardo Ocando de la Hoz y García siempre la observaba en la distancia desde el mismo día que había comenzado a construir el hato playero. Su deseo por estar con una mujer que no fuera guajira le seducía y, en esa zona, no había muchas. No le importaba la edad de Francisca María, solo veía en ella la oportunidad de

saciar su deseo, pero la sagacidad e inocencia de la niña, ese día lo impidieron.

Antonio Ramón no se dio por vencido, y, a partir de ese momento, cada día y a la misma hora, observaba el área para maquinarse otro encuentro. La saludaba en la distancia, que cada día acortaba unos metros, para lograr un acercamiento sin asustarla como el primer día. Lo consideraba un entrenamiento, como se entrena y se convence a un animal salvaje a la presencia de un ser humano.

En su primer encuentro, Antonio Ramón se había acercado sin hacer ruido, pero Francisca María, recostada al cocotero, abrió los ojos al sentir que alguien se acercaba. Él era un hombre entrado en años, podría tener la edad de su padre, pues su hijo era algo mayor que ella. Le preguntó todo lo que se pregunta a una persona que puede interesarte: “¿quién eres?, ¿de dónde vienes?, ¿dónde vives?, ¿qué te gusta?, ¿cuándo vuelves por aquí?” Mientras esperaba la oportunidad de acercarse, se hacía esas y muchas más preguntas. Las respuestas, por su experiencia, sabía le dirían cómo y dónde buscarla de nuevo,

Finalmente, un día lo decidió y se acercó lenta y cautelosamente a Francisca María, tanto que le tocó la mejilla con un movimiento ligero e ingenuo; sin embargo, ella se levantó sin dudarle, y huyó diciendo que era tarde y debía regresar a cuidar de Felicia Esperanza.

Antonio Ramón la vio alejarse, y entendió que no sería tan fácil como había creído, pero la vida le había enseñado que la paciencia y la planificación dan frutos. Acercarse a Francisca María le tomó un tiempo, corto en días, pero largo para los deseos.

Un mes después ya Francisca María estaba enamorada en esa distancia que él acortaba cada día y que ella deseaba fuese mucho más corta, tan corta que rozase de nuevo su cara con su dedo como el primer día. Ese contacto suave e imprevisto la había sobresaltado por miedo a lo desconocido; sin embargo, el recuerdo de la caricia le hacía imaginar y sentir cosas nuevas. Emociones y sentimientos desconocidos para ella, pero ya olvidados en la vida de Antonio Ramón: las mariposas mágicas del despertar al amor.

En ese mes, Antonio Ramón y Francisca María soñaron con tocarse mutuamente de diferentes formas. Él, explotando y desbordando su pasión lujuriosa y contenida sobre un cuerpo joven e inocente, pero con deseos de aprender sobre el amor físico; era como un animal salvaje que solo sabe expresar, crudamente, la realidad del deseo. Ella, enamorada desde la ilusión de la pureza de un corazón y un cuerpo ignorantes, soñando con escuchar frases de amor y regalos de flores que, tocarían su mejilla con suavidad inefable, pasando el tiempo entre susurros y caricias tiernas y puras que le llevarían a un cruel e intempestivo final.

Durante ese corto tiempo de cortejo oculto, Francisca María decidió que Antonio Ramón sería quién leería la nota que su madre había escrito para ella años atrás.

Cuando Antonio Ramón Santiago Eduardo Ocando De La Hoz y García leyó la nota, una mueca y una mirada de desprecio, que Francisca María no supo comprender, apareció en su rostro. Se la devolvió a Francisca María, diciéndole: “Tu madre te dice que

acceptes tus visiones como un regalo, y que la gente no avisa cuando viene. No sé qué quiso decir; quizás tú sepas.”

Dos semanas después, Antonio Ramón le pidió entrar al hato playero, y Francisca María no dudó en hacerlo. No entendía lo que le pasaba a su cuerpo. Mucho menos entendía sus pensamientos. La tensión que sentía dentro de sí le empujaba a entrar; su pensamiento le advertía que tuviese cuidado, que no entrara a la casa, mas, su cuerpo, a punto de enloquecer por el mismo deseo que emanaba de Antonio Ramón, ganó la discusión.

Nunca había tenido una visión que le advirtiera sobre una situación así. Nunca había tenido una relación de amigos masculinos o novios. No tuvo hermanas mayores que le hubiesen podido advertir de los peligros de esas relaciones. Para ella, la palpitación de su vagina, el deseo por apretarlo entre sus brazos, la necesidad que su cuerpo sentía de no sabía qué, la llevaba a la búsqueda de saciar todas esas sensaciones nuevas y desconocidas. Su cuerpo temblaba sin conocer el por qué. Un deseo violento y

nunca explorado buscaba salida a torrentes por su piel.

Antonio Ramón la envolvió en un abrazo cálido al inicio pero tan fuerte que la inocencia de Francisca María no supo rechazar, y su deseo ya incontenible se desbordó en gemidos profundos y caricias nuevas en áreas vírgenes, jamás tocadas por Francisca María. Sería un encuentro de pasión inolvidable para Antonio Ramón y cargado de vida futura para Francisca María: Pedro Antonio.

Antonio Ramón le prometió lo que siempre se promete en esos momentos de pasión: amor eterno, responsabilidad de familia, casa, regalos, matrimonio, compañía; todo lo que las niñas inocentes y desamparadas desean oír y que la experiencia sabe que es solo la expresión culpable y cansada del hombre que desea desaparecer de esa cama, tan deseada otrora, después de vaciar todo lo que su cuerpo había guardado por tanto tiempo. No sería diferente esta vez.

Se encontraron casi a diario por un tiempo, muy corto para la enamorada Francisca María y demasiado largo para el ya cansado Antonio Ramón. Francisca María ilusio-

nada por sentir cada día las caricias de un Antonio Ramón, que ella se imaginaba la esperaba con sus mismas e infantiles ansias, con una pasión que no reconocía. Ella solo soñaba con el próximo evento de su vida: su matrimonio y la mudanza al Hato Los Buchones.

Para Antonio Ramón había sido solo el trofeo más reciente que le ayudaba a no sentir y no pensar, por unos días al menos, en su destrozada vida emocional, en su soledad eterna y pesada. Dos meses después, la noticia inesperada destruyó la tranquilidad de Antonio Ramón y la inocencia de Francisca María.

No fue un encuentro final de amantes adoloridos de amor y la necesidad de alejarse del mismo amor que les consumía. Por el contrario, palabras de odio, emociones encontradas y amenazas de muerte sellaron la despedida. Una relación de secretos y en secreto que, al final, servirían para mantener vivos a Francisca María y a Pedro Antonio, su hijo.

Los ojos del dragón

Hacía casi dos meses que Francisca María no se acercaba al cocotero. El tiempo que tenía lo pasaba con Antonio Ramón, y ver el porvenir ya no le entusiasmaba. Sin embargo, una tarde, después de oír las quejas incesantes de Felicia Esperanza, fueron a la playa. Ella se sentó en el lugar de siempre, al pie del cocotero, y la niña correteaba por la orilla mientras levaba un volantín.

Francisca María entrecerró los ojos y, frente a ella, se formó la figura de un dragón de cuya boca emanaba fuego; sus ojos estaban inyectados de sangre; sus alas eran cortas y las movía con violencia, como si quisiera destruirse a sí mismo. Francisca María se aterroró, pues percibió que el dragón la miraba directamente a ella con odio. Abrió los ojos, llamó a Felicia Esperanza y, apresuradamente, regresó a la casa pensativa. Nunca antes había tenido una visión parecida. ¿Qué significaría?

La visión del dragón dormía en su memoria. Ya ni se acordaba de ella. Lentamente

la había relegado y, con el transcurrir del tiempo, la imagen pasó casi al olvido.

Tres meses después de su primer encuentro con Antonio Ramón, cerca de las tres de la tarde, se dirigió al hato playero a otro de sus apasionados encuentros. Esa tarde le diría que tres meses era la edad del ser que le haría nuevamente padre. Francisca María era demasiado joven, inexperta e inocente para pensar que Antonio Ramón podría reaccionar con violencia ante una noticia que para ella era la cima de la felicidad.

Como siempre antes de entrar a la casa se cercioró que no había nadie en los alrededores que pudiese verla. Yo estaba escondida cerca del cocotero donde ella se recostaba por las tardes. Ella nunca me había visto y tampoco me vería hoy. Empujó la puerta, la cual cedió sin problemas, y así supo que Antonio Ramón estaba dentro. Lo encontró recostado a la puerta trasera que daba a la playa.

Caminó rápidamente con alegría hacia él y le abrazó por la espalda con la ternura y el amor con la que una niña puede abrazar a quien ama. Antonio Ramón se dejó abrazar

mientras recordaba momentos similares en España con Maitía, la única mujer que había amado y que aún, a pesar del tiempo transcurrido, extrañaba profundamente.

Francisca María no podía esperar para compartir su noticia. Mientras ocurría tan tierno abrazo le dijo en voz baja y amorosa: “Pronto otras manitos te abrazaran de la misma manera.”

Antonio Ramón rompió el abrazo, la miró a los ojos y le dijo severamente: “¿De qué hablas? No creo sea el tiempo para otras manitos. No quiero otros hijos y menos de ti”.

Francisca María no podía creer lo que estaba escuchando. Por su mente desfilaban, agolpándose una a una, todas las imágenes de amor, pasión y promesas que había vivido esos tres meses. Frente a ella estaba el dragón de su visión. Antonio Ramón la empujó con una fuerza que ella no esperaba, por lo que se golpeó contra la pared. Francisca María se dirigió a la playa y logró huir.

Corrió aterrada sin detenerse en el camino. Mientras corría, la imagen del dragón invadió, intempestivamente, su mente. El odio que recordaba de los ojos del dragón de la

visión era igual al que percibió emanar de los ojos de Antonio Ramón esa tarde. Ya sabía el significado de la visión.

Corrió como loca. El llanto y el miedo no lograron detenerla. Necesitaba alejarse del hombre—dragón que había destruido su vida. Mientras corría se dio cuenta de que, por primera vez, había visualizado su porvenir. Sintió una mezcla de aceptación y dolor al escuchar en su cabeza una voz amorosa que repetía incesantemente: “Es como es”. Quiso entender la frase como mensaje de su ser pero le llevaría años aceptar el mensaje del amor: la vida es como es.

“Ve al cocotero”

Ver el porvenir a veces le causaba risa a Francisca María. La gente hablaba del fin del mundo, y ella solo se decía “No es cierto eso del fin del mundo. El porvenir dice que hay más para todos”. Aunque reía con aparente facilidad, de quien se reía más era de Felicia Esperanza. La respuesta que la niña daba cuando le hablaban del fin del mundo era inesperada: “¡Si se acaba el mundo, yo me voy pal` Soler!”, como si El Soler, por estar lejos de El Carmelo, no fuese parte de este mundo, como si Felicia creyera que el mundo era El Carmelo.

Una de las muchas tardes sentada a la sombra del cocotero Francisca María vio muchos caminos en su visión. No sabía cual escoger pero sabía que en su visión podía recorrerlos todos. Era como si solo tuviese que elegir uno y recorrerlo a su discreción.

Las vías partían de un centro común: su visión, su mente. Era extraño como los caminos se curvaban frente a su vista como líneas largas y angostas que se perdían en

la distancia; algunas, más cortas y anchas cuyo final ocurría antes del horizonte; y muchas otras delgadas, muy finas, apenas perceptibles, que se extendían desde las otras vías, cruzando sobre ellas o entrando a ellas. Sobre cada vía, había una mujer, y aunque cada una se veía diferente, todas ellas eran la misma persona. No entendía como podía ser eso. Sabía que muchas veces podía ver el mismo porvenir varias veces. Era como si estuviese mirando por diferentes ventanas la misma imagen. Abrió los ojos y decidió pensar sobre la imagen de las vías. Para Francisca María era difícil a veces entender las visiones del porvenir o sus sueños.

Cuando Francisca María sentía nostalgia, miraba el lago desde un lado de su casa en El Carmelo. Esa tarde era uno de esos momentos de añoranza de no sabía qué, así que decidió ir a *su cocotero*, como ella lo llamaba. Sabía que vería algo importante ese día. Había aprendido a presentir sus visiones. Su cuerpo siempre le daba pistas: intranquilidad en sus manos, desasosiego en el estómago, parpadeo intenso de sus

ojos. Todo eso le gritaba: “Ve al cocotero”. Esa tarde vio de nuevo la imagen que había visto ya varias veces: las vías entrecruzadas donde las mujeres sobre las vías eran ella, sin serlo.

Todavía no lograba entender la visión aunque, en las visiones anteriores, había logrado seguir varias de las líneas. Todas llevaban a ciudades lejanas y diferentes que no conocía. En una de ellas, descubrió una ciudad que se llamaba Chicago, nombre que le hizo gracia. Mientras se desplazaba sin rumbo por sus calles, percibió el viento que soplabá con fuerza. Admiró edificaciones muy altas que jamás imaginó alguien podría construir. Le daba miedo una ciudad tan ruidosa y con tanta gente que caminaba sin detenerse, vestidas de colores oscuros y sin hablarse, protegiéndose del fuerte y helado viento.

Ella solo conocía El Carmelo, sus cuatro calles silenciosas y toda la gente del pueblo que siempre sabía adónde iba. Los ruidos más resaltantes eran los relinchos de los caballos, los ladridos de los perros y los gritos de una que otra madre llamando a sus muchachos.

En la visión de las vías, había visto y caminado a lo largo y ancho de Chicago; era tan grande que no había logrado conocerla toda; la gente caminaba a todas horas por sus amplias calles. Un día escuchó una canción en un idioma que ella no hablaba, pero que entendía que describía la ciudad: “Solo puede sucederle a una persona como yo, en una ciudad como ésta. Así que quiero decirles, llena de agradecimiento, que les envío un beso. Ésta es Chicago, mi ciudad, llena de gente que amo, con calles que me gustan y disfruto. En mis sueños estará por siempre esta ciudad, mi ciudad”.

Así fue como supo que la ciudad se llamaba Chicago. Le gustaba esa melodía que jamás escucharía en su vida. Cada vez que tenía esta visión pasaba el día tarareándola, pues era feliz al saber que un día podría viajar, leer y visitar otras ciudades tan solo en un abrir y cerrar de ojos, en un futuro, que ni ella que lo visitaba, sabía cuál sería.

Esa tarde pudo ver en una de sus esquinas una señal decía: “*Michigan Avenue*”, se quedó perpleja, pues se dio cuenta que podía leer en ese porvenir, que podía leer lo que

nunca había aprendido antes en El Carmelo. ¿Cómo era posible?

Fue tan grande el impacto que salió de la imagen asustada, confundida y llena de más preguntas. ¿De quién era ese porvenir al que accedía siguiendo las vías? ¿Era su propio porvenir? ¿Qué año podría ser en esa imagen en la que ella podía leer? ¿Algún día viajaría y visitaría Chicago?

Francisca María no había comprendido que con sus visiones podía recorrer el tiempo lineal. Todo era como un círculo que se desplazaba sin detenerse frente a sus ojos, y ella podía escoger un espacio, entrar en él y aprender. Tenía a su disposición el universo, y su inocencia, por no llamarla ignorancia, no le permitía apreciar su verdadero don. Cada vía era simplemente una puerta a espacios pasados, presentes y futuros que estaban conectados a su familia de alguna manera. ¿Cuántas vías podría visitar?

“Ve al cocotero” era lo único que venía a su mente cuando comenzaba a vagar y a recibir centellazos de futuro, las imágenes cargadas de vida y experiencias que la llenaban de esperanza y le decían que todo es

posible en todo momento. Algún día iría al cocotero para ver su porvenir.

A orillas del lago

Cada día era una sorpresa para Francisca María; era como si viviese en paralelo las vidas de tanta gente conocida y desconocida. El porvenir le mostraba el pasado, el presente y el futuro. Pero para ella, las imágenes eran solo el acceso a historias que no le pertenecían o eso creía ella. Así se enteró también de los eventos que Santiago Ocando y Felicia Esperanza vivirían.

Santiago nació un día de septiembre de 1830, con el nacimiento de la nueva constitución de Venezuela. Su vida reflejó en casi todos sus momentos centrales la historia del país. Nace con una nueva constitución y muere antes de las elecciones de 1897, el mismo año de la muerte de Venancio Pulgar, conocido militar revolucionario del Zulia, y un año antes del nacimiento de su primer biznieto, Pablo Antonio Santiago Segundo, nombre que solo aparecería en su partida de nacimiento. A pesar de todas las vicisitudes de su infancia, su vida de adulto fue de bonanza y amor. Amó a Felicia Esperanza a su manera.

Desde pequeño, Santiago Ocando aprendió que de la mano de su padre iban el abandono, los problemas económicos, los sacrificios y las penas. Muy temprano asimiló que su padre era tarambana, jugador, faldero y amante de la buena mesa y el vino; que, al igual que su abuelo, había perdido una fortuna familiar, por decisiones intempestivas e inversiones alocadas. Para Santiago, el abandono, la mentira y los vicios de su padre, Antonio Ramón, significaron la muerte de su madre y la ausencia de una familia. Su padre lo había abandonado recién nacido dejándolo al cuidado de dos personas que habían ayudado en el parto de su madre, Maitía.

Un día, su padre regresó de la misma manera como se había ido. Santiago tenía para entonces tres años. Los dos, padre e hijo, eran de hablar parco, expresión fría y mirada penetrante; el padre, por la pérdida irremediable de su amor de infancia y vida; y el hijo, por la ausencia materna y el desapego paterno. Ambos deseosos de más e incapaces de generarlo para alcanzar sus anhelos. Ambos con la soledad incrustada

en sus entrañas. Soledad que uno de ellos intentaría destronar.

Santiago Ocando conoció a Felicia Esperanza una tarde soleada como las de casi siempre a la orilla del lago. Ese día, desde temprano, en el hato playero, observó sigiloso a las dos mujeres que parecían hermanas. No las reconoció, a pesar de saber sobre casi toda la gente de la zona. Una de ellas solo estaba recostada a un cocotero, parecía dormir, mientras que la niña correteaba por la orilla, llamando a la otra a unirse a sus juegos. Comieron algo al mediodía, entraron al agua y, como a las tres de la tarde, vio como entre risas recogían sus cosas para irse. Decidió acercarse y hablarles.

Al acercarse reconoció a la mayor. Francisca María no lo vio venir. Al escuchar una voz recia que la llamaba por su nombre, se asustó. Al voltear, entendió que no se había percatado de que uno de los dueños del hato playero estaba allí.

Felicia Esperanza, un poco más lejos, solo miraba como Santiago Ocando llamaba a Francisca María, sin saber que su futuro caminaba hacia ella y la alcanzaba en ese momento.

Santiago Ocando se dirigió a Francisca María, le pidió el nombre de la niña y le dijo: — “Quiero que sepas que ella será mi esposa cuando cumpla quince años. Ya lo decidí. Es feliz, tiene una voz que inspira ternura, su cabello rizado me encanta y el tono quemado de su piel es hermoso. No he visto ninguna niña parecida por la zona. La quiero para mí.”

Francisca María no lo podía creer. El hijo del hombre que la había engañado y seducido estaba frente a ella, diciendo cosas hermosas de uno de los seres que amaba más que a sí misma. No pudo contestar. Su cuerpo no respondía.

Francisca María estaba paralizada. Sus recuerdos de amor se habían transformado en odio y rencor hacia los Ocando. Temblaba de ira al recordar a Antonio Ocando y de incredulidad ante las palabras que había escuchado de Santiago Ocando; el terror de las imágenes generadas por lo que ella temía podría vivir Felicia Esperanza la hizo girar y correr hacia ella llamándola a gritos.

Felicia Esperanza, acostumbrada a los cambios de humor de Francisca María cuando

regresaba de sus adormecimientos, corrió feliz hacia ella. Francisca María la tomó de un brazo y juntas corrieron de regreso a la casa. No hubo explicaciones para Felicia Esperanza, pero ella estaba acostumbrada a eso. Así era Francisca María, impetuosa y sin explicaciones, siempre diciendo: “Es el porvenir”.

Felicia Esperanza había nacido en el 1845. Vivió siempre al amparo de su familia y con el abrazo incondicional de Francisca María. De pequeña, tuvo el pelo suave y con rizos hermosos; de adolescente, los rizos se aflojaron resultando en ligeras ondas. Su madre le decía que venía del país de los *rulitos*, pues de todas las cabelleras de las niñas de la familia, la suya era única.

Era una niña radiante y hermosa a los diez años; conocía del lago y sus riberas, del jagüey y sus peligros, de las tardes y sus arreboles, de Francisca María y sus misterios y de sus padres y sus silencios. Pensaba que su vida siempre sería como había sido la tierra donde nació: lenta, calmada, silenciosa y vacía de imprevistos, pero expectante. Uno de los misterios de Francisca María se

develó cuando Felicia Esperanza cumplió quince años. El hombre, que cinco años antes había aparecido de la nada, había llegado para irrumpir en su vida y cambiarla para siempre.

Después de recibir su primer regalo sin remitente, en su mente, invariablemente, aparecía la figura de un príncipe azul con un antifaz de piedras preciosas; ese quien le enviaba los regalos misteriosos que había recibido por cinco años ya en su cumpleaños y en navidad. Esos presentes que le ilusionaban y que a Francisca María le irritaban al infinito. Ella los recibía dichosa y feliz, mientras que Francisca María los desechaba furiosa, con cara de pocos amigos, mientras que su madre estuvo siempre silenciosa ante los regalos, parecía no inmutarse.

Todas las tardes desde su encuentro con Santiago a la orilla del lago, oía el trote del caballo de Santiago pasar frente a su casa y la voz recia del jinete al saludar a quien se encontrara en la puerta. Francisca María no la dejaba asomar y le decía que el ruido era del caballo del diablo, que venía a revisar si se estaba portando bien. Cerca de las

cinco, cuando Felicia Esperanza percibía el sonido del caballo, se escondía y le pedía a Francisca María que no la dejara sola.

Nadie se acuerda cuantos días antes de que Felicia Esperanza cumpliera sus quince, tres hombres del Hato Los Buchones llegaron a decirles que su padre había muerto. Que lo habían encontrado ahogado en el jagüey más alejado del hato, que nadie sabía cómo había pasado, pues estaba solo. Después del entierro, que lo pagó Antonio Ocando, el dueño del hato, por cierto, se supo que, pocos días después, una de las guajiras del hato también había muerto en el mismo jagüey.

Decía la gente que el diablo cobraba en parejas, que no salieran después de las cinco por un tiempo. La verdad nunca se supo, pero todos sabían, por boca del padre de Felicia Esperanza, que la guajira y él estaban enredados; y también se sabía que Antonio no permitía que le tocaran a sus guajiras. Así que los rumores decían que uno más uno es dos, pero nunca expresaban en palabras lo que eso significaba.

El día del cumpleaños de Felicia Esperanza a las nueve de la mañana, llegó Santiago

Ocando a la casa. Pidió hablar con la madre de Felicia Esperanza y, sin ninguna otra frase de entrada le dijo:

— “Desde hace años que veo a Felicia Esperanza, tu hija, con ojos de amor, y quisiera desposarla.”

Como la madre de Felicia Esperanza no esperaba esas palabras, le respondió de la misma manera, directa y sin discusión:

— “Te ofrezco a Francisca María.”

Eso fue el inicio de la petición de mano. Santiago le contó de su encuentro de hacía cinco años, los regalos que enviaba y su amor a la distancia y la espera.

La conversación entre ellos parecía un negocio de ganado, como si una vaca o una oveja fuese a pasar de un potrero a otro: dime que ofreces y te diré que acepto. Al final se acordó la boda entre Santiago y Felicia Esperanza. Francisca María detrás de la puerta lloraba desconsoladamente.

Esa tarde en el cocotero, el porvenir le mostró la muerte de Santiago en una cama antes del matrimonio de su hijo Pablo Antonio. Supo que era solo cuestión de tiempo, que comenzaría de nuevo una espera,

pues sus visiones jamás la habían defraudado. Sin embargo, también sabía que, una vez más, la soledad había escalado una nueva posición.

La visión de la muerte no calmó el dolor de Francisca María. No obstante no todo sería dolor en su vida. A ambas les esperaban sorpresas. Dos años después, ese desconsuelo, que Francisca María había creído interminable, se convirtió en esperanza. Santiago había decidido que era hora de expandirse, tiempo de que ambas aprendieran a leer.

Aprender a leer les abriría a ambas las puertas a un universo de nuevas ideas, grandes expectativas y una vida mucho más feliz y activa, al menos para Felicia Esperanza. Vivir entre El Carmelo y Maracaibo les abrió a las hermanas de crianza las puertas a un mundo que ninguna de ellas se había planteado alguna vez en su vida.

Un misterio por fin develado

Los cuentos que recuerdo de Pedro Antonio, el hijo de Francisca María, son ligeros. aunque ella se encargó de que nunca supiera quien había sido su padre y de ocultar la historia de amor y odio que había sucedido entre ellos; esa historia que yo conocía de principio a fin. Por esa razón, estos cuentos no tienen misterios ni dolores, solo medias verdades y desahogos de rabia que, a la larga, solo originan decepciones.

No es nada nuevo decir que Pedro Antonio nace de una madre adolescente y un padre otoñal en 1853. Francisca María y Antonio Ramón, sus padres, eran, como decía la gente de La Cañada, ciudad cercana a El Carmelo, los opuestos “en pasta”, en todos los sentidos: ella, inocente, crédula, enamorada, entrando a la vida; él, corrido, retorcido, lujurioso, dolido con la vida y casi saliendo de ella. Dos seres buscando el amor por primera y por última vez. Ella nunca lo había conocido, ni lo reconocería en esta vida de nuevo; él lo había perdido y jamás lo encontraría otra vez.

En algo si coincidían: eran dos almas que conocían su futuro y no querían, no podían o no sabían aceptarlo. Ella lo conocía por su regalo de ver el porvenir para otros, pues para ella estaba vedado; y él, pues su experiencia de vida había sido agotadora. Nadie supo jamás quien fue el padre de Pedro Antonio. Yo, que conocía la verdad, al ser casi la sombra de Francisca María, sabía que debía mantener mi boca cerrada, ya que ella había jurado que jamás lo diría, pues pondría en riesgo su vida y la de Pedro Antonio. Así que prefirió llevarse el secreto a la tumba; y a quien se lo dijo, Santiago Ocando, lo escuchó al pie de la suya y ya se lo había llevado.

Del matrimonio de Santiago Ocando y Felicia Esperanza, entre otros siete hijos, nació Eloy Ramón. Por ser el mayor, y más cercano en edad a Pedro Antonio, fue su mejor amigo y compañero de juegos. Al pasar el tiempo, Eloy Ramón se casó con María Rosa Rincón y, de esta unión, nació María Petronila.

Pedro Antonio se enamoró de María Petronila desde siempre, amor que sin saber-

lo traía el sabor del pasado lejano entre Tonito, su padre, y Maitía; pero esta vez, no hubo besos furtivos ni promesas de futuro, ni cercanía en edad. La historia sería lo opuesto a la historia de sus padres.

Eloy fue muy feliz en su matrimonio con María Rosa, pero su felicidad fue corta y, antes de los treinta y cinco años, muere en un accidente en el mismo jagüey que había muerto su abuelo, el padre de Felicia Esperanza. Los rumores surgen de nuevo y repetían el dicho “uno más uno es dos”; ¿cuándo se cerrará este círculo?

Al cumplir María Petronila dieciocho años, Pedro Antonio le propone matrimonio, y ella lo acepta gozosa y feliz al sentirse correspondida por un amor que jamás creyó conseguir. Siempre lo había soñado y deseado en sus febriles noches de adolescencia con Pedro Antonio, pero ella creyó que nunca la miraría con ojos de hombre; había mucha diferencia entre ellos. Esta unión trajo a la memoria de la familia, el matrimonio entre Santiago y Felicia Esperanza quienes tuvieron 15 años de diferencia entre ellos. Esta vez, entre Pablo Antonio

y María Petronila, habría 27 años de experiencia y un dolor oculto.

Pedro Antonio nunca supo quien fue su padre; sin embargo, su madre era tan fuerte que, además del amor materno, le dio fortaleza; una fortaleza que fue refrendada por Santiago, su medio hermano, como el hombre de la familia donde se había criado.

Pedro Antonio, Tonito, y María Petronila, Petrica, siempre fueron vistos como dos niños juguetones cuyos nombres sonaban a maracas y juegos; dos adultos que conformaron una familia como ellos. Tres hijos varones, irresponsables, libertinos y mujeriegos, las tres peores características de sus abuelos mas no de su padre, quien siempre los miró con ojos censores y se preguntaba “qué estaremos pagando con estos tres pícaros, mentirosos, perillanes”.

Como la pareja quería casarse en El Carmelo, la familia decidió irse allí dos meses antes para la organización del festejo. Pero un mes antes de la boda, su abuelo, Santiago, sufrió un accidente cerebro vascular; decía la gente que le “había dado una cosa, eso que da que te entuerta”, y quedó

inmóvil en la cama. El médico que llegó de Maracaibo les dijo que Santiago estaba muy delicado, que no podía recibir visitas ni tener emociones fuertes. Francisca María se ofreció a cuidarlo, ya que ella había vivido desde siempre en la casa de Santiago y Felicia Esperanza, a quien continuaba cuidando y amando como la hija hembra que nunca tuvo. Una noche mientras todos dormían, Francisca María entró al cuarto de Santiago:

— “Hace treinta años vi este momento bajo mi cocotero, y como muchos otros que vi, lo cuestioné, pensé que la visión había sido mi deseo; no podía creer sería santa verdad algún día. Te veo y me veo. El que sabe esperar siempre recoge lo que espera”, le dijo Francisca María con una voz que no reflejaba el dolor y la rabia de lo que le diría a continuación.

Santiago solo podía mirarla. Su estado físico no le permitía nada más. No podía hablar pero si escuchaba y entendía lo que le decían.

— “La vida es sabia y justa, Santiago. Jamás pensé tenerte de esta manera frente a mí. Le juré a tu padre, después de rogarle

por mi vida y la de Pedro Antonio, jamás repetir lo que voy a decirte, pero ya él murió y no puede hacernos daños, y tú estás a un paso de la tumba y mudo.”

— “Te odio porque odiaba a tu padre. Nunca le perdoné. Sé que amas con locura a tu nieta queridísima, María Petronila, y que estás feliz con su matrimonio con Pedro Antonio, mi hijo, al que has aceptado como tal sin saber que Pedro Antonio es, en realidad, tu medio hermano.”

Santiago no podía creer lo que escuchaba. Sentía su corazón galopar como un caballo en su pecho. Sabía que tenía que controlarse, ya que podría tener otro ataque. La mano que podía mover intentaba alcanzar a Francisca María inútilmente.

Ella continuó su monólogo sin perturbarse. — “Se cierra uno de los círculos que el sátrapa de tu padre abrió. Nuestra sangre se unirá. Es increíble como la vida cobra y paga. Me doy por servida sabiendo que sufrirás, aunque sea por horas, lo que tu padre no pudo sufrir. Ver a su hijo, al que nunca reconoció como un Ocando, casado con su biznieta querida. Sorpresas tiene la

vida. La venganza es mía. Pedro Antonio jamás lo sabrá”.

Salió del cuarto que respiraba muerte, sintiendo que parte de su venganza se había cumplido. En ese momento entendió lo que la gente de Maracaibo y Perijá decían: “Es más malo que Venancio Pulgar”. Así se sentía: malvada, perversa y feliz por ello.

Francisca María y el porvenir

Este es uno de los cuentos de Francisca María y el porvenir que disfruto al contar. Siempre lo comienzo diciendo: “Para Francisca María ver su provenir le estaba vedado. Era imposible que una veedora, viera fuera lo que dolía muy adentro. Lo interno solo puede verse con los ojos del alma, y la suya estaba aun muy entristecida”.

Francisca María, sin embargo, se sentía segura de lo que el porvenir le había mostrado sobre la vida de Felicia Esperanza. Las visiones del porvenir sobre ella siempre habían sido tranquilas, sin apresuramientos ni dolores. Estaba convencida de que su vida sería sencilla con los altibajos esperados de cualquier vida simple. Solo una vez se preocupó: el día que Felicia Esperanza cumplió diez años, y fueron al lago a una playa cerca del Hato Los Buchones.

Esa tarde en su visión se abrió, una vez más, la opción de las múltiples vías. Francisca María tomó una línea desconocida que la llevó a un lugar que los susurros voladores

llamaron Florida, supuso era por las grandes extensiones de árboles frutales y agua a su alrededor.

Hacía calor. Era diferente al clima de otros lugares parecidos. No entendía cómo, si era el mismo país, podía hacer tanto calor en Florida y tanto frío en Chicago, ya lo entendería algún día, se decía.

La visión de las vías entrecruzadas le mostraba, nuevamente, mujeres físicamente diferentes, pero iguales a ella. Ya ni cuestionaba esa idea absurda. Había aceptado que la diferencia y la igualdad eran solo visiones desde diferentes ventanas.

Las vías ya le habían llevado a otro continente, como le dijo un susurro una vez. Así que llegó a Europa. Vio y caminó por dos países de los que había oído hablar a la gente que venía de Maracaibo: España e Italia; Madrid y Roma, dos capitales europeas que la gente decía tomaba muchos meses llegar, y para ella solo le tomaba una respiración profunda, un deseo de llegar a donde la visión le llevara, para recorrer los aires o sus calles, las montañas, los jardines, los museos. Ver espacios de los que jamás había oído hablar y entender palabras desconocidas.

Para Francisca María, las visiones eran la oportunidad de vivir con otro cuerpo lo que su realidad constrictiva no podía acceder desde su hoy en El Carmelo. ¿Cómo era posible?

Esta nueva visión le mostró que la soledad que le embargaba no era real, que duraría mientras ella la eligiese. Sin embargo, su pensamiento que a veces no entendía del provenir le preguntaba: ¿cómo era eso de elegir la soledad?

Yo siempre me pregunté por qué Francisca María se sentía sola. Ella tenía a Pedro Antonio y a Felicia Esperanza, los dos seres que realmente amaba en el mundo. El primero, era su hijo, y la otra, la hija—hermana que crió siendo una niña. Por esos dos seres siempre a su lado, la soledad no era física; sin embargo, sentía un vacío que no podía entender.

Para mitigar esa soledad, Francisca María se repetía que haber aprendido a leer le había abierto las ventanas del alma y las puertas del entendimiento. A través de las primeras entraba lo que ella llamaba Dios, un Dios que le hablaba con imágenes del mundo conocido y desconocido. Y, las se-

gundas, le regalaban los libros que nunca se cansaba de leer y disfrutar.

Siempre quiso ver su porvenir. A veces no entendía porque le era vedado ver su propio porvenir. Se preguntaba si era vedado, o simplemente, eso del futuro es una quimera, y solo existe el presente que a medida que transcurre el tiempo llega a ser pasado en nuestra memoria.

Entre El Carmelo y Maracaibo el presente era tedioso y nada electrizante. Sin embargo, tenía siempre esperanzas, pues había aprendido que sus pensamientos eran igualmente presente; así que jamás abandonó las esperanzas por un constante presente, o inexistente futuro, lleno de sorpresas y oportunidades a las cuales un día tuvo acceso.

Francisca María visitaba El Carmelo con frecuencia. En una de esas tantas visitas a El Carmelo se dirigió una vez más a su cocotero. Como cosa extraña, la imagen de ese momento fue brumosa al inicio; lentamente, comenzó a abrirse. La imagen se veía opacada por un velo gris. Podía distinguir las sombras moviéndose y desplazándose como buscando una salida. Poco

a poco, las sombras dieron paso a los colores. Era ella! No podía creerlo. Una visión para ella después de tantos años. Solo recordaba la primera visión del dragón que había tenido a sus dieciséis.

Frente a sus ojos se descorrió una cortina que cubría una ventana hasta el piso. Vio al frente un camino cubierto de hojas perfectamente secas, completas, como si nunca nadie hubiese pisado el sitio. Salió por la ventana panorámica; caminó escuchando el crepitar de sus pasos sobre el camino escondido por las hojas de un otoño que jamás había vivido; reconoció el aroma de lluvia que impregnaba la zona; disfrutó el frescor del aire oloroso a lluvia; recorrió con su mirada el follaje denso de los árboles que abrían un espacio para ella desplazarse; y llegó al final del camino que le ofreció la visión de un valle extenso con todos los colores del oro. Se imaginó que eran flores preciosas y perfumadas.

No reconoció el lugar, pero la impresión de la imagen fue tan grande que se levantó de un salto y caminó de vuelta a su casa con la idea de compartir su visión del por-

venir. De pronto, se detuvo y se dio cuenta que no podía decirle nadie de su visión, No había tenido la valentía para preguntar si era el lugar de su siguiente vida o de su propio porvenir. Y decidió mantener esa imagen solo para ella. Un día Francisca María la compartiría conmigo, y yo la incluiría en uno de sus cuentos. Un día que llegó más pronto de lo que ella creyó.

Cuando Francisca María cumplió 70 años, nos encontramos en el mercado. Un encuentro que trajo a mi memoria otros similares. Era como si ella supiese que la única forma de hablarnos era en sitios bulliciosos y llenos de gente. Pasar desapercibida era siempre su objetivo. Una vez más se acercó por la espalda, me tocó el hombro, me habló de su visión y me pidió contarla agregando siempre el toque de misterio que a ella le encantaba.

Por eso el cuento de Francisca María y el porvenir lo empezaba diciendo: “Para Francisca María ver su provenir le estaba vedado. Era imposible que una veedora, viera fuera lo que dolía muy adentro. Lo interno solo puede verse con los ojos del alma, y la suya estaba aún muy entristecida.”

Despertar al nuevo porvenir

Yo nunca tuve la habilidad de escuchar o ver a los susurros voladores. Pero lo que vivió Francisca María en su última visión me llegó intempestivamente. Fue la única visión a la que tuve acceso en mi vida. Quizá ella lo quiso así para que yo pudiese contarla tal y como fue.

Francisca María estaba de pie frente a una niña que no reconocía aunque su carita le era familiar. Miró a su alrededor y vio que se encontraba en el patio de una casa retirada, en un sitio humilde que sí reconoció; era la casa donde había crecido en El Carmelo.

Pensó que sus visiones eran cada vez menos comprensibles. Se lo achacó a su edad, y pensó que cada día era más difícil para ella entender lo que veía. Toda la vida había estado esperando por una visión personal hasta que comprendió que todas sus visiones habían sido, de alguna manera, personales.

Intentó recordar una en específico y, de repente, se dibujó en su mente la cara de Antonio Ramón Santiago Eduardo, el padre

de su único hijo, Pedro Antonio. A pesar de los años transcurridos, aun podía sentir el dolor y la rabia del engaño. Recordó al dragón y sus ojos llenos de violencia. Recordó el valle de todo los colores de oro. Su mente se llenó de lago y palmeras. Se separó de esos sentimientos que la apartaban del momento presente que sabía era único en su vida.

Regresó a la visión de la niña, pues su intuición le decía que estaba relacionada con ella directamente. Centró su atención en su pelo negro y esa mirada dulce, extraña y misteriosa, y, de repente, se reconoció. ¡Era ella! ¿Por qué hoy esa visión del pasado?

Todas sus visiones habían sido del porvenir de otros. En ese momento no había voces como antes; no había alguien que le mostrara o le dijera algo. Los susurros estaban mudos.

De pronto, la niña alzó su cabeza, la miró con ternura y le habló. Su discurso fue claro, sin titubeos, nada infantil.

“¿Quién eres?”, le preguntó. “Nunca te había visto por aquí. ¿De dónde vienes?”

Francisca María seguía en silencio con la mirada fija en la niña. No podía creer su

visión. Nunca los involucrados en sus visiones le habían visto o hablado. ¡Eso no era posible!

Nuevamente, la niña se dirigió a ella con confianza, sin miedo y deseosa de saber su identidad.

“¡Dime!” insistió. “¿Por dónde entraste? ¿De dónde vienes? ¿Cómo te llamas?», inquirió, nuevamente, la niña.

Francisca María, lentamente, se movió esperando desaparecer de su campo visual pero la niña movió, de igual manera, la dirección de sus ojos y su cabeza sin dejar de mirarla.

“Parece que estás asustada”, agregó la niña sonriéndole. “A veces, yo también me asusto, pero mi mamá me cuida. Yo le he dicho de los visitantes extraños, y ella me dice que a veces ella también ve gente desconocida y que eso está bien, pues se van rápido si les hablas. Yo les hablo siempre. Tú eres diferente, ¿por qué?”.

Francisca María, aun incrédula del monólogo que estaba escuchando, decidió hablar.

“Soy yo quien quiere saber cómo te llamas”, le preguntó aunque estaba segura de la respuesta.

La niña sonrió, la miró y le dijo:

“Mi mamá me llama *Brasita*, pues dice que soy un fuego chiquitito, resguardado, y que cuando crezca seré una Francisca María fuerte, grande, como un volcán, y nadie me dirá así. Solo ella. Me dice que yo soy el fuego de su corazón. ¿Tú tienes mamá también?”

Francisca María no podía creer lo que estaba viendo. De pronto, recordó el día de esa visión; el día en que su vida cambió: una semana antes de la muerte de su madre.

Inquieta y sabiendo lo que ocurriría, comenzó a mirar a los lados, muy asustada, ya que sabía que el perro aparecería de la nada. De pronto, recordó que se había quedado quieta, inmóvil ante el ataque. Justo en ese momento, Francisca María vio salir, detrás de la casa, al perro babeante, con ojos furiosos, gruñidos amenazadores y pasos certeros, inequívocamente, dirigirse hacia ellas.

Esta vez Francisca María miró a la niña y, sin pensarlo, la tomó del brazo y corrió hacia el interior de la casa. ¡Era increíble! Su mano podía tocarla sin ningún problema. La madre de Felicia María, seguida de otras personas, salió al escuchar los ladridos y

gruñidos del animal, para ver correr, casi volar, de manera extraña a la niña Francisca María como si alguien la levantara en vilo y la pusiera al resguardo.

Como en cámara lenta, Francisca María vio la mandíbula del perro cerrarse sobre la piedad de la madre de Felicia María, quien esta vez había sido la primera en llegar. La sangre brotaba sin parar de la herida. La madre de Francisca María miró atónita a la mujer que había puesto a la niña a resguardo, intentó tocarla y su mano la traspasó como si fuera humo que se diluía en el espacio.

Las imágenes seguían apareciendo ante sus ojos y así escuchó en su mente la voz de Santiago Ramón Antonio Eduardo Ocando mientras le leía la nota que su madre le había dejado al morir años atrás: “Las visiones se enlazan con tu vida: observa, piensa y crearás tu camino; y nunca olvides que el que llega sin avisar, ya avizoró su destino.”

En ese instante también comprendió que su madre había visto este momento en su vida. Así vivió en carne propia que el pasado es la experiencia de quién se es;

el futuro, la esperanza de nuestro ser; y el presente, la conjugación de ambos. Frente a Francisca María se dibujaba toda la vida como un relámpago. Comprendió que la muerte no existe y que morir antes de morir es una realidad.

Toda su vida se hizo borrosa: las imágenes, las personas, las rabias, los engaños, los amores, desaparecían desdibujándose frente a sus ojos. Los recuerdos se desvanecían como si desaparecieran de la realidad, como si ella estuviese muriendo, como si jamás hubiesen sucedido.

Frente a sus ojos colapsaron las imágenes de los caminos que la llevaron a conocer lugares lejanos. Nuevas líneas, libres y brillantes, aparecían y desaparecían, como si no tuviesen razón de estar allí. Esta vez no hubo dudas. Esta vez Francisca María comprendió que ella era su pasado, su presente, su futuro, su propia creación.

Comprendió el sueño olvidado. El sitio que solo había visitado en sus sueños: la biblioteca redonda. Ahora si recordaba el sueño más allá de las imágenes del cuarto, los libros y los atriles, y ella recorriendo el

lugar, yendo de libro en libro tratando de recordar cada palabra: 1833: el año del inicio; 1836: el año del perro, el año cuando su madre de crianza tomaría su lugar y le regalaría, nuevamente, su vida. Los otros libros estaban en blanco.

Esta vez todo comenzaría con aprender a leer. Esta vez tenía la certeza de que había ocurrido su despertar. Esta vez el amor permanecería en todas las generaciones. Esta vez comprendió que todo es como es.

Fin

Contenido

La Biblioteca Circular	5
Soñando en El Carmelo	11
Los Susurros Voladores	19
La llegada del amor	27
Historias compartidas	37
El hato playero	49
Los ojos del dragón	59
“Ve al cocotero”	63
A orillas del lago	69
Un misterio por fin develado	79
Francisca María y el porvenir	87
Despertar al nuevo porvenir	93

Impreso en los talleres de la
Editorial de la Universidad del
Zulia. Ciudad Universitaria
Dr. Antonio Borjas Romero.
Facultad de Humanidades y
Educación. Sótano del Bloque C.
Apartado 526, el 7 de octubre de
2024, editado bajo la dirección del
poeta Carlos Ildemar Pérez.